

La vida religiosa ¿del caos al kairós?¹

Víctor Codina, S. J.
Cristianisme i Justícia
Barcelona, España

Una crisis inédita en la Iglesia occidental

Los historiadores de la vida religiosa conocen muy bien que a lo largo de la historia de la Iglesia han desaparecido algunos institutos religiosos, tanto femeninos como masculinos, tras unos años de vida fecunda. También saben que cada nuevo ciclo de la vida religiosa —el paso del monacato a los mendicantes y de estos a las congregaciones apostólicas modernas— supone una cierta crisis, que se supera lentamente. De esa manera, la vida religiosa ha enriquecido la experiencia del desierto, de la periferia y de la frontera.

Sin embargo, la vida religiosa occidental pasa hoy por una experiencia diferente y novedosa, que afecta a todos los institutos: escasez de vocaciones, pirámides demográficas invertidas, con mucha gente mayor arriba y poca gente joven en la base, y numerosas salidas pocos años después de la profesión. La cuestión es, entonces, cuál es la razón de estos abandonos.

La generalización de esta situación provoca incertidumbre acerca del futuro de la vida religiosa. En muchos casos, genera miedo, incluso pánico. ¿Desaparecerá la vida religiosa en las iglesias del occidente cristiano? ¿Sucederá lo mismo en la vida religiosa de Asia y de África dentro de unos cuantos años? ¿Hay que caminar hacia nuevas comunidades de vida religiosa? ¿Sustituirán los nuevos movimientos laicales la vida religiosa tradicional?

En síntesis, se puede afirmar sin temor a exagerar que la situación es caótica, es decir, una mezcla de confusión y desorden. La situación tiene consecuencias de todo tipo, no solo pastorales y espirituales, sino también institucionales, económicas y sociales. ¿Qué hacer con las obras educativas, pastorales, sociales

1. Publicado en *La Civiltà Cattolica*, 4118, 15 de enero de 2022, pp. 167-179.

y sanitarias, cuando no se dispone de personal religioso, ni de recursos económicos para mantenerlas? ¿Cómo sostener los inmensos gastos de las enfermerías religiosas? ¿Cómo formar a la juventud religiosa en este clima de inseguridad? ¿Qué futuro espera a las vocaciones jóvenes en unas comunidades envejecidas? ¿Es posible seguir soñando?

En el seno de la vida religiosa existen posturas diferentes frente a esta situación. Algunos piensan que es un fenómeno pasajero, una crisis temporal, que remitirá pronto. Prueba de ello sería el reciente aumento de las vocaciones en algunas comunidades religiosas. Otros, en cambio, adoptan una postura apocalíptica. No hay nada que hacer, no hay futuro y no podemos seguir soñando. Conviene, entonces, profundizar en esta situación para explorar si hay alternativas, que no sean ingenuas, ni catastróficas.

Explicaciones insuficientes

Muchas veces se intenta explicar este fenómeno en términos personales y subjetivos. Las generaciones mayores de la vida religiosa no hemos dado suficiente testimonio evangélico, mientras que la juventud actual solo está interesada en disfrutar de la vida y pasarlo bien.

Indudablemente, la vida religiosa madura del pasado no siempre ha sido un signo evangélico transparente y la pederastia ha mostrado la existencia de grandes grietas en la vida religiosa clásica. Sin embargo, no se puede afirmar que la vida religiosa actual sea decadente respecto a la del pasado, cuando había muchas vocaciones. La cuestión no es exclusivamente personal. En el pasado había muchas personas santas en la vida religiosa, como las hay también ahora. El problema no es cuantitativo, sino más complejo, más formal que material, más institucional que individual, más de procesos que de espacios (*EG* 225), más de estructuras que de acciones concretas particulares.

Entre la juventud existen personas concentradas en los aspectos económicos y materiales, poco sensibles a los valores espirituales. Pero también hay jóvenes generosos, dispuestos a sacrificarse por las grandes causas sociales, ecológicas, sanitarias, migratorias, justas y de derechos humanos. Esos jóvenes hacen voluntariados prolongados y muy comprometidos. Muchos de ellos se abren a la dimensión trascendente, al silencio y a la oración. Por tanto, tampoco aquí podemos hacer juicios de valor sobre la calidad moral de la juventud actual frente a la del pasado. Son tiempos diferentes.

No obstante, es evidente que la juventud de hoy no quiere comprometerse con comunidades estrechamente vinculadas a un pasado que ya no tiene futuro. La crisis de la vida religiosa occidental es un hecho tan extendido, que no puede

explicarse por las situaciones personales. Debe haber alguna razón objetiva, histórica y estructural, ya que la crisis afecta a todos los institutos. No es solamente una cuestión cuantitativa, sino también esencial y vital. No es un asunto de detalles, sino algo formal, una especie de *Gestalt*.

En la búsqueda de una respuesta

Entramos aquí en el conocido tema del cambio de época, que se expresa de formas diferentes, como un tiempo axial nuevo, la superación del neolítico centrado en el sacerdocio, el altar y el sacrificio, cambio de paradigma que abre nuevas perspectivas. Una cosa es cierta, aún no hemos llegado al final de la historia, tal como piensan algunos ingenuos.

Vivimos en un mundo secular, donde la hipótesis de Dios ha desaparecido (ateísmo) y, por tanto, debe ser repensada por los creyentes para no hacer de Dios un tapa-agujeros, sino un Dios que respeta las mediaciones y las causas segundas. Tenemos que vivir ante Dios como si no existiera (Dietrich Bonhoeffer), asumiendo la responsabilidad del mundo y de la historia. Asimismo, tenemos que asumir el silencio de Dios ante Auschwitz y ante los niños inmigrantes que mueren en las pateras o en la playa.

Por otra parte, el optimismo secularizador, utópico y un tanto mesiánico de hace algunos años, que confiaba totalmente en la ciencia y en el progreso moderno, se debilita frente a la cruda realidad, marcada por la injusticia, el hambre, las guerras, el cambio climático, las enfermedades y la muerte. La pandemia actual ha suscitado preguntas últimas sobre el sentido de la vida y de la muerte.

La ciencia no tiene respuesta ante estos fracasos y vulnerabilidades. Solo las religiones, que apuntan al misterio de Dios. Para los cristianos, es el Dios creador, el Padre de Jesús y el dador del Espíritu. Frente a la enfermedad y la muerte, los cristianos tenemos el horizonte de la cruz y la esperanza pascual. Los cristianos hemos de humanizar la fe y transfigurar el mundo, a la luz del misterio pascual de Jesús (GS 39).

El cambio de época exige a la fe cristiana un discernimiento evangélico para no condenar el pasado como falso e irrelevante, ni abrirnos a lo nuevo con fervor casi mesiánico. La palabra de Dios, el evangelio, la vida y la misión de Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, y la gran tradición eclesial tienen algo que decirnos sobre el presente, el pasado y el futuro.

En muchas ocasiones se ha acusado al concilio Vaticano II de ser el causante de la crisis de la Iglesia y de la vida religiosa. La afirmación no solo es falsa,

sino también adolece de ignorancia histórica. El concilio intentó poner a la Iglesia en diálogo con el mundo de hoy, sin condenarlo. De esa manera, superó la eclesiología de la cristiandad, que, de hecho, ya era obsoleta. Es el célebre *aggiornamento* de Juan XXIII, un anciano carismático con la sabiduría de los sencillos, que viven la realidad desde abajo. Juan XXIII, sin caer en el profetismo de calamidades, intuyó que la cristiandad ya había explotado.

El concilio Vaticano II tomó nota de esa realidad e intentó enfrentar las consecuencias (GS 4-10). Así, pues, tanto la Iglesia universal como el carisma de la vida consagrada deben reformularse ante la nueva época de post-cristiandad.

Lecciones de la historia de la vida religiosa

Antes de elaborar nuevas formulaciones para enfrentar la actual situación inédita de la vida religiosa, conviene revisar algunas de las lecciones de su historia. El origen de la vida religiosa ha sido siempre un carisma profético, suscitado por el Espíritu. Ese carisma es crítica y denuncia de una situación eclesial poco evangélica, al mismo tiempo que anuncia los auténticos valores del reino. De esa manera, la vida religiosa es semilla para una transformación eclesial y social. J. B. Metz habla de la vida religiosa como “una terapia de choque eclesial”.

La vida religiosa, por tanto, no nace desde el poder, sino desde los márgenes, desde el desierto, la periferia o lo fronterizo (J. Sobrino). Sin embargo, a lo largo del tiempo se ha tendido progresivamente a dejar la periferia para acercarse al centro. La tentación de situarse en la cumbre del poder económico, social, eclesial y espiritual es clara. Muchas veces, la vida religiosa se ha convertido en una elite, en sentido estricto, cada vez más lejos del pueblo, más autorreferencial, más autosuficiente y aislada de los otros carismas eclesiales. Todo ello con cierto orgullo colectivo. Así, la vida religiosa ha caído en una especie de *splendid isolation*.

Este aburguesamiento tiene algunas consecuencias significativas. La vida religiosa clerical ha asumido parroquias, con la buena intención de suplir la escasez de clero y de apoyar a la Iglesia diocesana. Pero con ello ha corrido el riesgo de marginar lo carismático, de tal manera que esa vida religiosa ha experimentado una actividad parroquial cada vez más absorbente. En estos casos, ¿dónde queda su profetismo carismático, si al final, todos acaban siendo párrocos?

Por otro lado, la dependencia generalizada de la vida religiosa masculina ha impedido a la femenina expresar plenamente su propia espiritualidad y su genial originalidad. Asimismo, es significativo que la vida religiosa fundada o restau-

rada después de la revolución francesa, aunque lleva a cabo una encomiable labor social, educativa y sanitaria, añora el *ancien régime*, que une el trono y el altar, y adopta, así, una mentalidad muy conservadora.

Dicho de una manera esquemática y sin muchos matices, la vida religiosa que nació como crítica a la cristiandad, en torno al siglo IV, acaba asumiéndola y acomodándose a ella.

La evolución de la teología de la vida religiosa

Hoy somos más conscientes de la evolución positiva de la teología de la vida religiosa. El concilio Vaticano II, a pesar de ciertas ambigüedades, sitúa a la vida religiosa en el seno del pueblo de Dios (LG 4), llamado a la santidad (LG 5). La vida religiosa, según el concilio, es un don del Espíritu. Aun cuando no forma parte de la jerarquía de la Iglesia, participa de su vida y de su santidad (LG 44). La vida religiosa debe renovarse volviendo a la praxis del seguimiento de Jesús, según el evangelio y el carisma original de cada instituto (PC 2). Así, pues, no puede haber vida religiosa al margen de la Iglesia, pero esta no está plenamente constituida y presente en su lugar de misión sin la presencia de la vida religiosa contemplativa y activa (AG 18).

En el sínodo de la vida religiosa de 1994, el obispo Bergoglio dijo que “la vida religiosa es un don para la Iglesia, nace de la Iglesia y está totalmente orientada a la Iglesia”². La vida religiosa, por tanto, no concierne únicamente al ámbito de la espiritualidad y de la legislación canónica, sino a la constitución de la Iglesia. Después del concilio, surgió una reflexión profunda sobre su identidad, tal como lo evidencian las exhortaciones apostólicas *Evangelica testificatio*, de Pablo VI, y *Vita consecrata*, de Juan Pablo II, al igual que numerosas publicaciones teológicas. La vida religiosa experimentó una reforma profunda después del Vaticano II, pero aún queda un largo camino por recorrer.

El concilio, a pesar de su inmensa riqueza pastoral y teológica, está influenciado por la perspectiva eurocéntrica de los obispos y los teólogos más destacados. Eso explica que se hayan centrado en el ateísmo y la secularización, la posibilidad de salvación fuera de la Iglesia, el ecumenismo, la libertad religiosa y la importancia de la conciencia personal. Son temas típicos de la llamada primera ilustración. A pesar del deseo de Juan XXIII de que el rostro de la Iglesia conciliar fuese la Iglesia de los pobres, estos no aparecen en los textos, excepto por dos alusiones (LG 8 y GS 1).

2. Francisco, *Testigos de la alegría*, t. III, p. 5 (Roma, 2014).

Serán las iglesias de los países pobres, en concreto, la Iglesia latinoamericana, las que hagan una recepción creativa del concilio. La Iglesia latinoamericana lo hace en la conferencia de Medellín de 1968. Estas iglesias escuchan la voz del Espíritu a través del clamor de los pobres, que piden justicia, como los israelitas oprimidos por el faraón en Egipto. A partir de Medellín, surgen la opción por los pobres, la lucha contra el pecado de las estructuras injustas, la actualidad del Éxodo y la liberación, y la construcción de una Iglesia pobre, sencilla y pascual, que una la fe y la justicia. El giro es típico de la llamada segunda ilustración, sensible a la justicia y a los pobres.

Este enfoque repercutió positivamente en la vida religiosa en América Latina, pero también en otros sitios. De esa manera, aquella se insertó en los medios pobres, en los barrios periféricos, en las villas de miseria y las favelas, en el campo, en las minas, entre los indígenas y los afrodescendientes. Hubo, pues, una auténtica renovación de la vida religiosa, con muchos mártires, víctimas de los poderes dictatoriales y militares.

Finalmente, la llamada tercera ilustración, centrada en los otros y los diferentes, enriqueció a la Iglesia y a la vida religiosa, y las abrió a ámbitos como las culturas, lo femenino, el diálogo intercultural e interreligioso y la ecología. Pero, justamente, cuando parecía que la vida religiosa estaba eclesial y teológicamente bien formulada, vino la crisis actual. El problema no es estrictamente teológico, ya que la teología de la vida religiosa está bastante clara, sino de praxis histórica.

La teología pneumatológica de los signos de los tiempos

Comencemos recordando un texto muy esclarecedor de los Hechos de los apóstoles. El Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús, no permite a Pablo ni a Timoteo predicar la palabra en Asia y Bitinia. Por eso, bajan a Tróade. Por la noche, Pablo tiene una visión. Un macedonio le suplica que vaya a su tierra a ayudarlos. Pablo comprende que Dios le pide ir a Macedonia a predicar la buena nueva. Por tanto, se embarcan en Tróade, pasan por Samotracia y Neápolis, desde donde llegan a Filipos, una colonia de Macedonia (Hch 16,6-12).

No deja de ser desconcertante que el Espíritu de Jesús cierre a Pablo las puertas para evangelizar unas zonas y le abra las de otras. El sentido está claro. El Espíritu desea que Pablo no vaya a lugares judíos, sino que se dirija al mundo gentil. Así, Pablo llegará a Atenas y luego a Roma para evangelizar a los gentiles. Los Hechos de los apóstoles concluyen cuando Pablo ha cumplido con su vocación misionera entre los gentiles.

Estamos ante lo que el concilio denomina los signos de los tiempos. La Iglesia debe escrutarlos a fondo (GS 4), con el convencimiento de que quien conduce al pueblo de Dios es el Espíritu del Señor, que llena el universo. Asimismo, la Iglesia ha de ver en los deseos, los acontecimientos y las exigencias de nuestro tiempo, de los cuales participa juntamente con los contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios (GS 11). Corresponde al pueblo de Dios, pero de manera especial a los pastores y teólogos, auscultar, discernir e interpretar las múltiples voces de nuestro tiempo, con la ayuda del Espíritu (GS 44). Eso es lo que hizo Pablo. Interpretó su sueño como la voz del Señor que lo llamaba a ir adonde los gentiles. El Espíritu cierra algunas puertas, pero abre otras.

Discernir los signos de los tiempos requiere de una serie de actitudes y de convicciones. La principal es que el Espíritu del Señor no actúa solo en la Iglesia, sino que llena el universo. Por tanto, su acción es percibida en las voces, los deseos y las exigencias de la humanidad. Unas voces que hay que escuchar junto con los contemporáneos. Esto supone una actitud eclesial de apertura, de diálogo y de cercanía con nuestro mundo y nuestro tiempo. Solo así es posible saber lo que Dios quiere de la humanidad. También exige discernimiento para iluminar esa realidad desde la vida de Jesús de Nazaret y desde los valores del evangelio.

Desde la perspectiva de la vida religiosa, podemos preguntarnos, entonces, si no estamos también ante un momento en el que el Espíritu nos cierra unas puertas, pero nos abre otras. Hemos de discernir, por tanto, si las estructuras actuales de la vida religiosa responden a los signos de los tiempos presentes o más bien a épocas superadas de la cristiandad. Así, pues, el Espíritu estaría cerrando las puertas de una vida religiosa numerosa, fuerte, elitista, autosuficiente y autorreferencial; pero quizás nos abre las puertas a otro esquema, más evangélico y pobre, más de acuerdo con los signos de los tiempos de hoy.

Cabe preguntarnos si nuestra experiencia del caos no nos abre a un tiempo favorable. La pneumatología nos enseña que el Espíritu (la *ruah*) actúa desde abajo. En el caos inicial del Génesis (*toho waboho*), el Espíritu engendra un aliento de vida (Gn 1,2). De los vientres de las mujeres estériles, el Espíritu hace surgir a los dirigentes de Israel (Gn 11,30; 25,21; 29,31; 1 Sm 2,1-11). Y de una joven virgen de Nazaret, hace nacer a Jesús (Lc 1,35). Para el Espíritu, nada es imposible (Lc 1,37).

El Espíritu es capaz de dar vida a un campo de huesos secos (Ez 37,1-14) y de iluminar a una pobre mujer macabea, que ve morir mártires a sus siete hijos, para que proclame la fe en la resurrección (2 Mac 7,20.23). El Espíritu resucita a Jesús de entre los muertos (Rm 8,11) y desciende sobre un grupo de pobres

y temerosos apóstoles, reunidos en Jerusalén, para convertirlos en testigos del Resucitado ante todo el mundo (Hch 2).

Así, el Espíritu es el origen y la fuente de la vida religiosa. Cada fundación es un don y un milagro del Espíritu, que hace brotar vida evangélica, desde la pobreza y la pequeñez.

¿Qué puertas abre hoy el Espíritu a la vida religiosa?

Muchas instituciones religiosas están más preocupadas por reabrir las puertas que se cierran, que por buscar las nuevas que se abren. Frecuentemente, se pide a las jóvenes vocaciones emplear toda su energía en reabrir o en mantener abiertas las puertas cerradas o que se están cerrando, en lugar de aprovechar su imaginación y su creatividad para buscar nuevas puertas.

No deja de ser paradigmático que en 1 Reyes 18,41-46, Elías ordene a su joven criado que suba siete veces al cerro para ver si emerge del mar alguna nubecilla que anuncie la lluvia. Mientras tanto, Elías, encorvado en tierra, ora de rodillas. De la misma manera, las vocaciones jóvenes han de otear el horizonte para detectar el apareamiento de nuevas posibilidades, mientras el resto ora en silencio.

Los aportes de Francisco para la reforma de la Iglesia facilitan la tarea de otear los signos de los tiempos y el horizonte. El papa sueña con una Iglesia de puertas abiertas, acogedora y hospital de campaña. Una Iglesia que salga a callejear la fe y que se dirija a los márgenes existenciales y geográficos, donde la gente vive y sufre. Una Iglesia que huela a oveja, que no opere como una aduana sin misericordia, ni sea autorreferencial. Una Iglesia que tenga la forma de una pirámide invertida, poliédrica y sinodal. Una Iglesia en la que los pobres y su piedad sean un lugar teológico privilegiado (EG 197-201).

De esa manera, el papa ofrece pistas para una nueva vida religiosa abierta al futuro, *kairós* y fruto del Espíritu. Concretemos ahora algunos aspectos para la conversión de la vida religiosa.

El primero es *volver a la pequeñez y a la minoridad de los orígenes*. La fundación de una nueva comunidad religiosa es pobre, pequeña y débil. De ahí que los integrantes de algunas de ellas se llamen a sí mismos pequeños: hermanos menores, mínimos, mínima compañía, hermanitos y hermanitas, pequeños hermanos y hermanas. Con el paso de los años, esa pequeñez se convierte muchas veces en grandeza y en ostentación. Escogemos la opción por los pobres, pero ya no somos pobres.

Las circunstancias actuales nos han devuelto a la minoridad de los orígenes. Somos pocos, débiles y pobres. No tenemos asegurado el futuro, como tampoco lo tienen los pobres. No podemos ofrecer seguridad y garantía a las vocaciones jóvenes. Solo podemos ofrecerles una aventura evangélica, abierta al futuro y al viento del Espíritu.

Nos toca vivir la pequeñez del grano de mostaza y de la levadura (Mt 13,31-33). Nos toca seguir a un Jesús que no tiene dónde reclinar la cabeza. La vida religiosa no es un privilegio, sino una aventura emocionante y arriesgada. Sin embargo, es un riesgo evangélico, abierto a la novedad del Espíritu. Nuestro aliento viene del Señor y de la presencia vivificadora de su Espíritu.

El segundo aspecto es *entrar en el dinamismo sinodal*. Este aspecto complementa al anterior. Etimológicamente, *sínodo* significa hacer camino conjuntamente. Según Juan Crisóstomo, sínodo es la definición de la Iglesia (PG 55, 493). Sinodalidad es caminar con todo el pueblo de Dios, nacido del bautismo y ungido por el Espíritu. Ese pueblo posee un sentido de la fe que la vuelve infalible (LG 12).

La sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia en el tercer milenio, según lo expresó el papa Francisco, en su discurso con motivo de los 50 años de la institución del sínodo de los obispos, el 17 de octubre de 2015. Por tanto, la vida religiosa ha de emprender también el camino de la sinodalidad, lo cual implica dejar atrás los privilegios y las aristocracias económicas, culturales y espirituales, para insertarse en el Santo pueblo de Dios, que ha recibido el Espíritu.

No se trata de renunciar a su identidad carismática, sino de compartirla con otros, sin capillismos, sectarismos, ni elitismos. De alguna manera, la sinodalidad implica el protagonismo de los laicos y laicas, que constituyen la mayoría del pueblo de Dios. Podemos preguntarnos, entonces, si la disminución de las vocaciones para la vida religiosa y para el ministerio ordenado no forma parte de un misterioso designio del Espíritu para que sea todo el pueblo de Dios el que camine conjuntamente hacia su reino.

Se puede hablar de misión compartida con otros, de dialogar entre todos lo que afecta a todos, donde todos enseñamos y aprendemos. De esta manera, se rompe el dualismo de la Iglesia docente y la Iglesia discente. La pirámide se invierte de manera tan novedosa, que algunos afirman que puede provocar “un infarto teológico”, en los defensores del orden establecido.

En la vida religiosa, esto es mucho más que la cooperación entre las distintas congregaciones e institutos religiosos. No se trata de que el laicado colabore con

la vida religiosa y sus instituciones pastorales, educativas, sociales y sanitarias. Es toda la vida religiosa la que se pone al servicio del pueblo de Dios para desarrollar la misión común, junto con las parroquias, los movimientos y otras comunidades. Todos abiertos al reino de Dios, al cuidado de la casa común (*Laudato si'*) y a la fraternidad universal (*Fratelli tutti*).

Evidentemente, esto implica un proceso lento de conversión eclesial y de discernimiento en común. La tarea no es fácil, pero es motivadora y movilizadora. Solo con el tiempo veremos cómo afecta a la vida y al trabajo apostólico, a las comunidades monásticas y contemplativas, a la economía y al estilo de vida. El Espíritu transformará la falta de vocaciones y la pequeñez de la minoridad es un camino junto con otros. Solo con el tiempo y desde la praxis y el discernimiento se podrán hallar caminos personales, comunitarios e institucionales para realizar este sueño.

Todo ello bajo la tutela y la órbita del Espíritu, que todo lo supera, lo desborda, lo rejuvenece y lo vivifica, desde el caos, desde el *de profundis* de la historia. El caos puede convertirse en *kairós*, en el tiempo oportuno. Entonces, los que sembraban con lágrimas, podrán alegrarse en la siega (Sal 126,6).

El tercer aspecto es *recuperar la dimensión mística de la vida religiosa*. Benedicto XVI escribió lúcidamente que “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación definitiva” (*Deus caritas est* 1). Por tanto, si la vida cristiana nace del acontecimiento del encuentro con la persona de Jesús, la vida religiosa tiene un origen profético y no puede nacer ni prosperar sin una dimensión profundamente espiritual y mística, bajo la unción del Espíritu.

La vida religiosa, muchas veces sobrecargada de trabajo, ha de fomentar amplios espacios personales y comunitarios de oración y silencio, la *lectio divina* y la liturgia. La vida y la misión de la vida religiosa deben estar impregnadas por los valores y las actitudes evangélicas, en un mundo donde Dios está en el exilio. Asimismo, exige estar cerca de los crucificados de la historia y bajar al encuentro de Dios en los pobres para evitar que la oración sea una huida alienante del mundo.

Sorprende la riqueza y la profundidad espiritual aportada por los fundadores y fundadoras de la vida religiosa a la Iglesia y la humanidad. Personas como Antonio el copto, Benito y Escolástica, Bernardo de Claraval, Francisco y Clara, Domingo y Catalina de Siena, Ignacio, Javier y Fabro, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Teresa del Niño Jesús y Edith Stein, Hildegarda de Bingen, Juan de Dios y Camilo de Lelis, Vicente de Paúl y Luisa de Marillac, José de Calasanz,

Claret y Don Bosco, Juana de Lestonnac, Cándida de Jesús, Nazaria Ignacia, Teresa de Calcuta y Carlos de Foucauld. La mística es esencial en la vida religiosa. Sin un apasionamiento personal por el Señor Jesús y el evangelio, esa vida no es posible. La transformación a la que hoy está llamada la vida religiosa no será posible sin una conversión a la mística.

Epílogo

¿Es posible pasar del caos al *kairós*? Es posible, pero no es inmediato, ni mágico. Es un paso pascual que compromete, personal y comunitariamente, a pasar de la muerte a la resurrección. Exige no aferrarse a un pasado caduco y abrirse a la acción novedosa, desbordante y vivificante del Espíritu de Jesús, que actúa desde abajo, en los momentos de crisis y muerte. Él cierra puertas, pero también las abre. El Espíritu nunca está en huelga, ni en la Iglesia, ni en la historia de la humanidad. No podemos ser profetas de calamidades.

La vida religiosa actual se asemeja al sentimiento del salmista del *De profundis* (Sal 130), un salmo que comienza en la oscuridad de la noche, clamando angustiado al Señor, y acaba abierto a la esperanza, como la del centinela que espera la aurora.